

**FERNANDO
SAVATER**
**EL JARDÍN DE
LAS DUDAS**



Francisco María Arouet (1694-1778), que hizo célebre el seudónimo de Voltaire, es sin duda la figura emblemática del siglo XVIII, el de las Luces y la Ilustración. Encabezó todos los combates que marcaron su época: contra el fanatismo religioso, contra el clero rapaz, contra el absolutismo regio, contra la guerra, contra la pena de muerte, contra la tortura, contra la superstición y la intolerancia. A causa de sus ideas conoció la cárcel y el destierro. Fue un adelantado del proyecto de unidad europea, pues consideraba a Europa «un solo país compuesto de varias naciones». Inventó el papel del intelectual moderno, comprometido con las causas humanitarias sin otro apoyo que el respaldo de la opinión pública. Pero sobre todo fue un escritor versátil dotado de un estilo genial, malicioso, ligero y nítido. Combatió los crímenes con la risa. De Voltaire se conservan más de veinte mil cartas, dirigidas a todo tipo de personajes públicos y privados. Las que forman este libro son apócrifas: en ellas, el Voltaire anciano cuenta su vida y explica sus opiniones a una señora francesa, afincada en España. La dama, a su vez, le describe cómo es la España dieciochesca que lucha contra rutinas y prejuicios, y el resultado de este intercambio epistolar es una apasionante narración novelesca directamente inspirada en la realidad. El jardín de las dudas ha sido finalista del Premio Planeta 1993.

A nuestros afrancesados, pasados
y presentes (¿los habrá futuros?);
et pour Mademoiselle Torres, éperdument

Los salones del XVIII fueron jardines de dudas.

E. M. CIORAN

Madrid, junio de 177...

SERÍA yo la más presuntuosa de las mujeres si diera por supuesto que vos, el más alto y más solicitado talento de nuestra época, puede aún guardar un leve recuerdo de mí. Nos conocimos hace casi treinta años, cuando yo no tenía más que dieciséis. Fue en Versalles, durante las fiestas que celebraron el matrimonio del Delfín: para aquella ocasión vos estrenasteis *La princesa de Navarra*, que se convirtió en la sensación de la temporada. Sin duda es algo que os ha pasado ya tantas veces —el éxito, la gloria refulgente, la rendida admiración de los más nobles y de los más sabios— que todas esas ocasiones semejantes las recordaréis ahora como un solo y prolongado episodio, envuelto en un único aplauso. Pero en aquellas jornadas jubilosas de Versalles, hace tres décadas, también estaba yo y presencié y participé con todo entusiasmo en la unánime ovación que os rodeaba. Una ovación que, pese a las discrepancias, ha seguido creciendo día tras día y ahora os llega desde toda Europa con halago merecido y atronador: la ovación de un siglo, de vuestro siglo.

Os aseguro que yo entonces era muy bonita, señor. Y nada tonta. Y un poco descarada. Aquella noche os vi cruzar ante mí, el salón abarrotado y rutilante, por una y rara vez sin nadie a vuestra vera para intentar seduciros o lograr importunaros. Teníais por entonces cuarenta y tantos años, la edad que yo padezco ahora, mientras que aquella tarde era sólo una niña frente al gran hombre. Pero no me arredré: «Señor de Voltaire, ¿acaso no me habéis visto, que pasáis sin saludarme?». Os detuvisteis y, apoyado en vuestro

bastón de puño de plata, me dedicasteis la más graciosa de las reverencias. Luego os acercasteis para besar mi mano y decir, no sé si con la boca o con vuestros ojos chispeantes: «Señorita, si os hubiese visto no habría sido capaz de pasar».

¿Nada más? Nada más. ¡Y hace ya tanto tiempo! Pero desde aquella velada regia os he sido fiel. Si me permitís uno de esos neologismos que no os agradan, os diré que a partir de esa noche y hasta hoy mismo nunca he dejado de ser *volteriana*. No sólo, claro está, por ese delicioso episodio de infancia. Os he leído, señor, conozco varias de vuestras tragedias y algunos de vuestros cuentos. Uno de ellos, *Cándido*, tiene siempre su puesto en mi tocador. Por eso me atrevo a escribiros, arriesgándome otra vez como aquella noche a impacientaros pero esperando de nuevo vuestra cortés benevolencia. Antes de aclarar lo que pretendo solicitaros, permitid que os cuente con brevedad cómo ha sido la vida de aquella muchachita cuya mano acariciaron vuestros labios.

Como os he dicho, nunca he sido tonta. Debo añadir que mi padre tampoco me hubiese consentido serlo. Era un *fermier general* que no tuvo hijos varones y que se preocupó con todo esmero de mi educación. Empezó por los idiomas. Gracias a sus desvelos puedo leer y expresarme correctamente en las cuatro lenguas cultas de Europa: francés, inglés, español e italiano. Por el contrario no consideré necesario que me esforzase en latín y griego, estudios que le parecían —creo que con mucha razón— propios de otra época. «Tus clásicos deben ser Racine y Corneille, Ariosto y Cervantes», me decía. A ellos añadí luego por mi cuenta Voltaire y Shakespeare... En vista de que mis progresos en geometría y física no resultaban demasiado evidentes, decidió reforzarme en música y me envió a Roma para que me ejercitase con maestros italianos. Allí conocí a don Nicolás de Azara, el embajador de España, hombre cultísimo, aficionado a la arqueología y a la pintura, así como también

lector de *mi* Voltaire. Y fue este diplomático ilustrado quien me presentó un día en su residencia oficial a don Iñigo López de Losada, conde de Montoro, con quien al poco me casé.

Desde hace más de quince años residimos en Madrid. Don Iñigo ha sido el más considerado y liberal de los maridos. Compartimos la afición por la música, también en parte por la literatura y ambos detestamos (con suma discreción, claro está) las atrocidades del Santo Oficio y los embelecocos de los jesuitas. Empero cada uno cultivamos pasiones propias que el otro tolera manteniéndose a distancia: los toros y la caza son las suyas y la mía predominante, ¿lo adivináis?, es leer a Voltaire. Hace diez años, cuando ya habíamos perdido la esperanza de tener descendencia, nos nació un hermoso niño que ha sido la alegría de esta casa nuestra, un poco demasiado madura y cultivadamente seria. Por cierto, que el niño se llama Francisco, oficialmente en honor del padre de mi esposo pero para mí en celebración de otro François que vos ya sabéis. Es mi Paco, mi Paquito, la dulzura de una vida que la declinación de los años me va haciendo cada vez más melancólica. ¡Ay, qué poco queda de la gracia que ostentó para vos aquella atrevida niña de dieciséis años en la fiesta de Versalles!

Perdonadme este itinerario biográfico y trivial, que difícilmente interesará a alguien como vos que suele compartir las confidencias de tantos reyes europeos y de una gran emperatriz. Sólo me queda haceros una última revelación, sobre la cual fundaré el ruego que voy a dirigiros. Señor de Voltaire, *me aburro*. No puedo más de aburrimiento en este Madrid que no es capital ni nada que se le parezca sino simplón pueblo grande, lleno de moscas, de mierda, de rezos, de curas, de hembras sin cerebro ni instrucción bostezando tras sus rejas y de gañanes embozados que no piensan más que en las fechorías de los bandoleros y en las estocadas de los matadores. En este país no se discute si Newton es más fiable en física que Descartes, ni se enfren-

tan los partidarios de Voltaire con los de Rousseau, ni los de Federico el Grande con los de Catalina de Rusia, ni los entusiastas de la música de Rameau con los que prefieren el estilo italiano: aquí nadie se apasiona más que por la facción de Pedro Romero frente a la de Costillares. Sólo se vive para ver morir en el ruedo, sólo se discute sobre las calidades comparadas de las diversas matanzas. Lo demás es siesta.

Y a mí ¿qué me queda? Tengo pocas amigas y no soy tan vieja ni tan española como para necesitar confesor. He tenido amantes, desde luego, pero ninguno extraordinario hasta el punto de hacerme olvidar que iba a sus brazos por fastidio, no por pasión. Ahora ya no soy joven y tengo demasiado orgullo para resignarme a ser considerada meramente interesante, después de haber sido arrebatadora: creo que la etapa de los amantes es pues capítulo cerrado. Adoro a mi hijo y estimo mucho a don Iñigo, pero francamente he de reconocer que ni la adoración ni la estima bastan tarde tras tarde para matar el tiempo inacabable. Por lo demás nunca me he molestado en aprender a bordar y, aunque amo la música, mis habilidades con el clavecín no pasan de mediocres.

De lo único que me siento capaz o, aún más, lo que creo hacer bastante bien es escribir. Pero no tengo a quién dirigir mis cartas y no es cosa de ponerme a componer versos o comedias: después de todo, soy una condesa. Y aquí empieza el estrépito de mi mayor atrevimiento. Quisiera escribiros a vos, señor de Voltaire. Aún voy más lejos: desearía que vos me contestaseis. Lo deseo más que nada en el mundo. Se trata de una osadía imperdonable, porque vos tenéis múltiples trabajos, estáis comprometido con el mundo a seguir dando incesantes muestras de vuestro genio, mantenéis correspondencia con los sabios más distinguidos y con varias testas coronadas... y yo, por mi parte, reconozco que carezco de títulos intelectuales y que me dirijo a vos porque no tengo nada mejor que hacer y porque me abu-

ro. Soy caprichosa y egoísta, ya lo sé. Pero también sé que a vos, precisamente a vos, opuesto siempre a los pedantes y puritanos de este mundo, ni los caprichos ni el egoísmo os escandalizan: asumidos tan francamente como yo los tengo, quizá hasta os diviertan.

Señor de Voltaire, se os tiene por persona compasiva y yo os estoy pidiendo que me salvéis la vida, ¡no me dejéis morir de hastío! Si logro recibir unas líneas vuestras cada semana, o al menos cada mes, estaré curada. Viviré para disfrutar vuestros mensajes, para esperarlos con dulce impaciencia y para releerlos con deleite, para meditar mis respuestas de tal modo que os inciten de nuevo a escribirme. No os pido erudición ni filosofía en esa correspondencia. Primero, porque sé que las obtendré sin pedir las, siempre que consiga vuestra atención. Segundo, porque no aspiro al Voltaire sabio, ni al Voltaire poeta o trágico, ni al Voltaire cortesano, maestro del siglo, sino nada menos que al Voltaire *hombre*. Sabemos gracias a vos cómo es el mundo, porque nos habéis explicado sus razones y desvelado sus flaquezas; pero ¿cómo sois vos mismo? Habéis iluminado los rincones más oscuros con la antorcha poderosa de vuestra inteligencia: ¿habréis de quedar vos, el más luminoso, oculto en la sombra ya derrotada?

Y si no queréis revelar vuestro ser ante los demás, por alguna íntima delicadeza que cabe comprender aun lamentándola, mostrádmelo al menos a mí sola en vuestras cartas. No debéis tener escrúpulo en esa ostentación porque yo propiamente no soy nadie y ni las personas más púdicas vacilan en desnudarse ante sus ayudas de cámara. Prometo devolveros con la mayor franqueza vuestra sinceridad; y prometo también que nadie salvo yo conocerá lo que vos queráis confiarme. Sobre todo, os amaré siempre, es decir, os seguiré amando pero ahora además os estaré infinitamente agradecida. ¿Es poco lo que os ofrezco? Nunca una gran divinidad, aunque reciba el culto de todo un continen-

te, ha rechazado la veneración de otro templo, por humilde que éste sea.

CAROLINA DE BEAUREGARD,
CONDESA DE MONTORO

Ferney, junio de 177...

EMPIEZO a pensar que quizá los milagros existen, aunque no sean obra de torvos profetas ni de fanáticos convulsos, sino de mujeres amables, bellas e inteligentes. Desde este lóbrego sepulcro suizo, donde ya acomodo mi proyecto de cadáver como conviene a cualquier difunto resignado, escucho una voz suave que me ordena: «levántate y escribe». Es la vuestra, señora. ¿Cómo atreverme a seguir agonizando descortésmente, si vos me mandáis otra cosa?

Sin embargo, es probable que pronto os decepcione pese a poner toda mi voluntad en serviros. El tema acerca del cual queréis que os escriba se agota pronto: de hecho, podemos darlo ya por agotado. Voltaire *hombre* es cosa del pasado. Me pedís que os entretenga con una lección de arqueología sobre una momia en defectuoso estado de conservación. No hay tema menos digno de vos ni más propio para fomentar el aburrimiento en lugar de disiparlo.

Pero he prometido obedeceros. Intentaré esbozaros no mi retrato, sería excesiva presunción, sino mi esquema: resultará más que suficiente. ¿Recordáis la amarga humorada de Moliere? *El cuerpo, ese harapo...* Me conviene el dictamen. Señora, he cumplido ya ochenta y tres años. Hace varias décadas, un informe policial —he sido reo dos o tres veces— me describía como «grande, seco y con aire de sátiro». Grande he dejado de serlo y ahora me encorvo a pocos palmos del suelo, apoyado por lo general en un bastón. Sigo siendo seco, siempre lo he sido. El único rasgo que me ha acompañado constantemente a lo largo —que no a lo ancho— de toda mi vida es la delgadez. Pero mi ai-

re poco tiene que ver con la risa del sátiro sino con la mueca de la calavera. Hace veintitantos años, en Berlín, durante una de mis primeras visitas al rey Federico, padecí un ataque de escorbuto y perdí todos los dientes que aún conservaba. Desde entonces tengo la boca sumida y la piel de pergamino sobre huesos salientes, bajo dos ojos hundidos varias pulgadas en sus órbitas cavernosas. Mi cráneo está desguarnecido del mínimo mechoncillo tardío de cabello. Digamos que voy siendo liquidado poco a poco, al por menor. Los años nos van quitando el pelo, los dientes y también las ideas. A mí sólo me queda ya alguna de éstas y os la dedico con mucho gusto, señora.

Mi salud no puede ser peor aunque estoy seguro de que ya nunca será mejor. En realidad he estado gravemente enfermo desde la cuna: soy un moribundo crónico. Sufro mucho, pero sufro con paciencia y resignación. No como un cristiano sino como un hombre. Hoy mismo me encuentro tan mal que si mañana me dijese que me he muerto no me extrañaría nada. Me alimento casi exclusivamente de café: unas treinta tazas diarias. Cuando los cólicos me desgarran recorro al opio, una de las pocas sustancias naturales que podrían servir de argumento a favor de la descabellada hipótesis de una Providencia benevolente. ¿Cómo he logrado durar tanto con tan escasas aptitudes innatas para la salud? Haciendo poco caso de los médicos y siguiendo mi propio régimen: dieta rigurosa —los buenos cocineros son siempre envenenadores de lujo— y el calor de la cama. Las demás terapias consisten en introducir drogas de las que se sabe poco en un cuerpo del que apenas se sabe nada. Empero, no debo ser injusto con los médicos. Aunque el noventa y ocho por ciento son simples charlatanes con veleidades criminales, hay algunos auténticos que a base de humanidad y destreza están por encima de todos los grandes de la tierra, porque conservar la vida es casi una tarea tan excelsa como crearla. Durante muchos años el doctor Tronchin, nuestro actual Hipócrates, se ha preocupado de man-

tenerme sobre la faz de la tierra. Lo ha conseguido, a pesar de mis desobediencias, y le estoy más agradecido por la buena intención que por los discutibles resultados.

Ecce homo. Éste es vuestro hombre Voltaire, señora condesa. Lo poco que queda de él os pertenece sin reservas. Merecéis mucho más, os lo aseguro. Si es un hombre lo que puede aliviar vuestro tedio, sin duda hay en Madrid media docena cuyo detenido conocimiento podría facilitaros mucha mayor fruición. Pero no creáis que pretendo rehuir la correspondencia que me proponéis. Sería fatuo a mi edad, porque lo es a cualquier edad, negar a una dama discreta y hermosa el único servicio placentero que tiene la bondad de solicitarme gentilmente. Si algún día me dieseis la enorme alegría de venir a Ferney, podría enseñaros un cuartito lleno hasta el techo de paquetes bien atados. Son los miles y miles de cartas que recibo y contesto, llegadas de toda Europa. Sin duda plantean una gran tarea para un pobre moribundo, pero una tarea deliciosa y que me mantiene vivo mejor que cualquier otra pócima salutífera. Puedo aseguraros que vuestra misiva me ha producido un placer singular, de cuya repetición no me quisiera privar en el futuro. Escribidme y os responderé. Pero dejemos en su catafalco el tema de Voltaire *hombre*, que suena a osario. Hablemos de cualquier otra cosa, de vos por ejemplo. Las ánimas del purgatorio alivian sus tormentos pensando en las criaturas celestes y suponiendo que algún día podrán encontrarse con ellas: estoy seguro, señora condesa, que no me dais ya como tantos curas por eternamente condenado y me lo demostraréis autorizándome a no hablar ni pensar más que en vos.

Quedo rendidamente vuestro en alma puesto que mencionar también mi cuerpo sería ofenderos.

DE VOLTAIRE

Gentilhombre ordinario del rey
De la Academia Francesa

Madrid, julio de 177...

HABÉIS sido excepcionalmente generoso respondiendo con tanta prontitud y tan favorable disposición a mi carta, pero temo que no habéis comprendido del todo lo que solicito de vuestra amable paciencia. Cuando os revelé mi interés por el Voltaire *hombre* no pretendía recibir un retrato más o menos jocoso de vuestro físico ni desde luego un parte médico de vuestros achaques, para los que os deseo dentro de lo posible un rápido alivio. Si yo pudiese conoceros personalmente, ningún otro placer superaría al de ese encuentro y estoy segura de que vuestra sola presencia, acompañada del hechizo de vuestra palabra, me proporcionaría mucho más duradero arrobamiento que otras formas de prestancia corporal más comunes. Pero por el momento esa alegría me está vedada y ciertamente no es posible sustituirla con descripciones de vuestra apariencia y vuestra fisiología, ni siquiera aunque provengan de esa pluma que tanto admiro por saber hacer interesante cuanto toca.

No, mi querido señor de Voltaire, el *hombre* al que me refiero no es el que ahora —debilitado de cuerpo pero no de ingenio— preside la razón europea desde su trono de Ferney, sino el que ha protagonizado durante tanto tiempo y con tanto brío los más distinguidos combates de nuestro siglo. No os pregunto por lo que esos ochenta años largos han hecho con vos, sino lo que vos habéis hecho durante su transcurso. Me gustaría conocer los azares y las empresas de vuestra vida, así como el devenir fructífero de vuestro pensamiento. Como comprenderéis, he oído mucho de lo que se cuenta acerca de vos desde hace décadas, pero

me es imposible distinguir entre los detalles ciertos y las leyendas propaladas por la maledicencia o la veneración excesiva. Nada podría apasionarme más que conocer la verdad de vuestra aventura, garantizada por vos mismo. Vuestras obras son gloriosas pero sin duda la más excelsa de todas ellas es vuestra propia vida. ¿Es aspirar a un privilegio excesivo pedirnos que la rememoréis por escrito para mí?

Si decidís aceptar mi osada propuesta, confirmando así de nuevo que la magnanimidad suele acompañar al genio, os haré una promesa y os formularé un ruego (ya veis que soy como esas devotas insaciables, que nunca cesan de implorar nuevos favores a los santos a cuya milagrosa benevolencia se encomiendan). La promesa es que absolutamente nadie leerá las cartas que reciba de vos y que por tanto podéis expresaros con plena franqueza. Si no confiáis en mi discreción, hacedlo al menos en mi egoísmo, pues lo más delicioso del placer que vais a proporcionarme es que será exclusivamente para mí. Seréis mi privilegio y no lo compartiré con nadie. Vuestras palabras nacerán en vuestra pluma y morirán en mis ojos: que retocen entonces libremente y sin temor. En cuanto al ruego, mi último ruego, consiste en que olvidéis al escribirme mi sexo y mi condición. Sé que sois un hombre galante y os estimo aún más porque poseyendo la sabiduría de Sócrates y la agudeza de Diógenes no adoptáis la licenciosa grosería que a veces nos ofende en esos grandes hombres. Pero, por favor, no debilitéis vuestras confianzas con excesivos melindres por mi causa. Tratadme como a un hombre, como a uno de vuestros amigos o, si no merezco tanto, como a uno de vuestros discípulos al cual nunca desagrada nada de lo que le ilustra. Creo haberos asegurado ya que tengo buena educación y muy escasos prejuicios. Lo único que puede escandalizarme y parecerme poco respetuoso sería descubrir que no sois totalmente sincero conmigo al hablarme de vos.

Dejadme soñar por un momento que lo habéis aceptado todo, que sois un ángel y que os ponéis a mi servicio